

der de Dios, se respetan sus obras, al mismo tiempo que se honra á nuestro Santo, se sostiene su orden, y se condena la incredulidad sin favorecer la supersticion.

Por otra parte, me replicareis aun, ¿que motivo podia haber habido para suponer un prodigio? Para llegar á ser célebre el retiro de *S. Bruno*, no tenia necesidad de tan débil apoyo. Solo habia de menester su virtud y reputacion. Siéndole inútil este supuesto prodigio, lo era igualmente á su orden. Un milagro no le hubiera adquirido tanta celebridad como le adquirió su penitencia y su fervor.

Respetemos pues la antigüedad, concluireis, y digamos que por una admirable disposicion quiso Dios valerse de milagros para favorecer el origen de un instituto que debia ser en la Iglesia un perpetuo milagro de santidad.

Sea del modo que quiera, y abracemos qualquiera de las dos opiniones (que ninguna interesa esencialmente ni á la fe ni á la piedad), lo cierto es, que la vocacion de nuestro Santo fué fruto de las reflexiones sucesivas á que se entregó, ya sobre la vanidad de las ciencias, ya sobre la fragilidad de los honores, ya sobre la inestabilidad de las virtudes, y siempre sobre los peligros y sobre la nada del mundo.

Se supone, con Pedro el Venerable, que uno de los motivos que determinó á *Bruno* para retirarse, fué el poco fervor, la relajacion y decadencia en que vivian los cen-

no-

nobitas dedicados por razon de su estado á la perfeccion. Esto es decir en substancia, que reflexionó sobre la desigualdad de la virtud en los otros despues de haber meditado sobre la debilidad de la virtud en sí mismo.

Si le consideramos postrado á los pies del ilustre solitario Esteban Mureto, que por entónces se llevaba las atenciones de toda la Francia (1) y de la Iglesia por la reputacion de sus austeridades, formarémos siempre de él la idea de un Santo que tiembla sobre el estado de su conciencia, y va á buscar en un sabio director luces para guiar sus pasos, sosegar sus turbaciones, y hacer ceder sus irresoluciones.

Algunos defienden que chocado de aquel terrible espectáculo, de que fue testigo, dixo para su corazon: Ah! Si un hombre cuya vida daba exemplo, y cuya muerte edificaba, ha sido condenado en el tribunal del Juez Supremo; ¿que sentencia tan rigurosa debo yo prometerme (2)? Esto es justamente comprobar el primer punto de vista, sobre que yo he considerado á *S. Bruno*.

Ya tengo dicho que reflexionó sobre el mundo, y que de sus reflexiones nació la determinacion de retirarse. *Vidit*. He añadido, que huyó. Habiéndose retirado, como lo pensó, llegó á ser el fundador de una orden esclarecida. *Fugit*.

SE-

(1) Historia de la Iglesia Galicana, tom. 7. lib. 20.
 (2) Surius in vita Sancti Brunon. 6. Oct.

SEGUNDA PARTE.

La tierra desierta y sin camino se regocijará. La soledad se llenará de alegría y florecerá como el lirio.... En ella se abrirá una senda que se llamará el camino santo (1). ¿No diremos que estas imágenes que traza Isaías, son otros tantos rasgos maravillosos que caracterizan á Bruno, su retiro, instituto, designios y ejecución?

Quando sigue el mismo profeta diciendo, que aparecerá y vivirá en parages elevados: *Iste in excelsis habitabit*: Que se retirará á las encumbradas rocas, fortificadas por todas partes: *Monumenta saxorum sublimitas ejus*. Que sus ojos contemplarán al Rey en su mayor hermosura, y verán la tierra muy distante: *Regem in decore suo videbunt oculi ejus, cernent terram de longè (2)*: ¿no reconocéis á Bruno en aquel hombre justo? ¿No veis las montañas de la Cartuja en aquellos encumbrados y casi inaccesibles parages? ¿No observais sus ocupaciones y las de sus discípulos en la contemplacion que les mantiene lejos del mundo y de sus habitantes?

En efecto huyó. El deseo de retirarse se le cumplió. Llegó á ser el fundador de una orden. *Fugit*: huyó, pero no solo. Juntó discípulos, presagio de su Religion. Huyó; pero ¿donde? Acia un parage que le proporcionó los fundamentos de su Orden. Huyó, y

(1) Isaías c. 35. v. 1. 2. 8.

(2) Ibid. 33. 16. 17.

y la cuna; digámoslo así, de su Orden fué la imágen fiel del espíritu de que debía estar animada.

Representemonosle en aquel momento en que el terror de acuerdo con la reflexion le pintan al mundo con los mas feos colores, y le muestran la soledad como el único asilo á quien respeta la seduccion.... Dichosamente espantado, marchó á buscar sus amigos para comunicarles sus pensamientos. Una turbacion saludable, les dice, se ha apoderado de mi corazon. ¿Como era posible que yo dexára de comunicarosla? La pintura de la muerte penetró á mi alma con el mas vivo terror. ¿Podreis dexar de participar de él conmigo? ¡Ah hermanos míos! Iniquidades que reparar, infierno que temer, cielo que conseguir, son para nosotros grandes lecciones de penitencia. Por medio de ella necesitamos prevenir los juicios de Dios.

Bruno habla y persuade. Sus sentimientos se trasladaron á la tierna alma de Landuino, Esteban, Hugon, Andres, Guerinio, y no dudaron sino sobre el género de vida que debia reglar su penitencia, y sobre el lugar privilegiado que habia de ser el teatro de ella. Tomemos *las alas de la paloma*, decia Bruno; huyamos, volemos á la soledad, fiémonos en ella, y concluyamos con el último de nuestros dias los últimos sacrificios de nuestro fervor.

Tanto el maestro como los discípulos se hallaron igualmente poseidos del deseo de retirarse. Transportada su imaginacion les ha-

cia creer que se hallaban ya en la soledad. Les parecía á los discípulos habian llegado aquellos dias en que baxo los estandartes de *Bruno*, *habitaria la equidad en los desiertos, seria en ellos la paz la obra de la justicia, y se exercitaria el silencio en la piedad, la oracion y la penitencia* (1). Tan breve se creía en su espíritu como se executaba en su corazon el plan de esta singular y única Orden, de que la Iglesia no habia tenido todavia exemplo; de esta Orden á la que nuestro Santo unió el mérito, hasta entónces desconocido, de componer una sociedad de hombres que reuniesen tanto las virtudes de la vida solitaria, quanto las de la vida cenobítica; de esta Orden que juntará todas las ventajas de la soledad sin experimentar los peligros, y por ejercicios santamente reglados unirá el espíritu de Pacomio con el de Benito; de esta Orden, cuyos miembros estarán solos y congregados; solos en el secreto del retiro; juntos en el templo del Señor. Callarán y hablarán: se esconderán y se verán. Tendrán leyes y superiores; leyes para arreglar sus obligaciones; superiores para mantenerlas en su observancia. Tan pronto entregados á su conciencia para escuchar su voz, como dirigidos por otro para recibir consejos. De esta Orden que representará la imágen de la Thebaida, pero sin experimentar sus inconvenientes y tentaciones: la imágen de Montecasino, pero baxo diferente disciplina, con re-

(1) Isaias, 32. 16. 17.

reglamentos mas austéros, y, si así podemos hablar, con un género de vida todavia mas perfecta (1).

Ya no es sobre la fragilidad y sobre la nada de las cosas humanas sobre lo que *Bruno* instruye á sus discípulos. Prepara su corazon para asegurarle en la atrevida resolucion que habian meditado. ¿A que se reducía? Pero ¿que digo yo? Ya tardaba su fervor en ejecutarla. ¡O providencia del Señor! A tu cuidado dexan las dificultades y el suceso. Concédeles lo que desean. Ellos han dexado al mundo, y aun se olvidan de sí mismos. Parten, huyen, vuelan..... El amor divino es su guia..... ¡Dichosas señales que vais á preceder milagros! Sigamos á nuestro Santo muy esperanzado en la Iglesia. Sigámosle que huye. *Fugit*. Pero ¿á donde va? En busca de una guia que le prepare la cuna de su Orden.

El mismo Dios que inspiró á Josué grandes empresas le proporcionó infalibles recursos para ejecutarlas. Mientras que *Bruno* estaba titubeando sobre la eleccion entre diferentes retiros para fixar su mansion en uno de ellos, llegó hasta él la fama de un prelado que en la capital del Delfinado edificaba á su pueblo con sus virtudes, le instruíra con su doctrina y le alimentaba con sus limosnas. Solo al oír el nombre de Hugues

(1) *Expendit Bruno omnes tum cenobitice, tum eremitice vite perfectiones. Ex utraque medium quoddam vivendi genus instituit. D. Joan. Justus Lanspergius, Curibus. in Solemn. S. Brun. Sermo 1.*

gues le parecia que reconocia el angel que debia dirigir los vacilantes pasos de Tobias... Hugues merecia todos los títulos que le daban sus panegiristas. La dulzura contemplaba en él su imágen, y la caridad misma parecia que se habia tomado el cuidado de purificar los sentimientos de su corazon. Sus trabajos estaban asistidos de un zelo firme y prudente. Como amigo de la justicia era el azote del escándalo: como protector de la virtud era su modelo. Sumamente deseoso de hallar ocasion en que proporcionar á Dios adoradores, apóstoles á la Iglesia y santos al retiro: era sabio y piadoso, laborioso y penitente: sabio en sus consejos, eloqüente en sus discursos, é irreprehensible en sus costumbres: recurso de la indigencia, remunerador de los talentos: admirable en el Delinado, celebrado en Roma, oráculo de la Francia, respetado en toda la Iglesia, y digno de serlo.

Id, decia el Señor á los de su pueblo, id á consultar á Moysés. El os enseñará el camino que debeis seguir... Anda *Bruno*, anda y consulta con el Obispo de Grenoble. El te abrirá la carrera de penitencia por donde debes andar. Te mostrará ese asilo, ó, por mejor decir, ese sepulcro que solicitan tus ardientes deseos. Ves.... Antes de que llegues ya habrá hablado el cielo al corazon de Hugues. Así lo ha hecho tambien con la cabeza misma de la Iglesia. Sí, Victor III. está milagrosamente instruido en Roma de la grande empresa que se va á verificar en Francia.

El

El Obispo de Grenoble está milagrosamente advertido de las riquezas de que le hace depositario una adorable Providencia, que no tardará en manifestar sus designios.

Oigan desde luego los libertinos é incrédulos, con un soberbio desprecio, la relacion del constante prodigio que acabo de anunciar: por lo que á mí toca, no debo á su falsa delicadeza en el modo de pensar, la criminal complacencia de no asegurar, que en un sueño misterioso le pareció á Hugues que habia visto al Eterno Padre consagrándose un templo sobre las montañas de la Cartuja, y que se le habian presentado durante su sueño siete brillantes estrellas, que dirigian la luz y la virtud ácia aquellos horrosos y abandonados parages. Yo refiero este milagro apoyado en el testimonio irrecusable de un crítico severo, que, sobre no prestarse jamas á la ilusion de los prestigios y del engaño, no admite otros milagros que aquellos que se distinguen con el sello de la evidencia misma (1).

Seria difficilísimo hacer ver el admirable espectáculo de siete hombres desconocidos postrados á los pies de un venerable pontífice que les acoje, penetra sus designios, les pregunta y conoce sus intenciones. ¡Con quanto respeto escuchaba *Bruno* aquellas preguntas! ¡Con que humildad le manifestó sus intenciones! El zelo exâminaba; el fervor respondia. ¡Que no pueda yo pronunciar con

(1) *M. Baillet*, vida de S. Bruno, 6. Oct.

toda su energia el eloqüente discurso que dirigió á nuestro Santo y sus discípulos aquel prelado, padre suyo mas bien que juez! *Los Santos*, les decia, *de quienes no era merecedor el mundo*, pasaron su vida *entre las profundas entrañas, y tenebrosas cavernas de la tierra* (1). Es admirable y útil caminar por las sendas de aquellos heróycos hombres. Pero lejos de ser fácil la empresa, es sumamente escabrosa.... El parage que el cielo os destina, es una mansion horrible situada sobre las mas elevadas montañas. Allí encontrareis un terreno vasto y dilatado, pero inculto. Ninguno hasta hoy ha caido en el temerario deseo de establecer allí su mansion. Dos rocas inaccesibles parece que tocan en el cielo: espantosos precipicios las rodean. El excesivo frio no dexa ver allí sino árboles sin flores y sin frutos. Las nieves de este año caen sobre las del antecedente. Desde la cima de los montes se precipitan con rapidez torrentes de aguas que amenazan sumergirlo todo. Para establecerse allí es menester una virtud sobre humana. Para mantenerse una milagrosa y singular proteccion de parte de Dios.... Yo he hecho ver los inconvenientes. Consultad ahora á vuestra firmeza. Preguntad á vuestros corazones.

¿Que impresion os parece que hizo en *S. Bruno* y sus discípulos una pintura tan repugnante, sostenida de unas reflexiones tan juiciosas? Todavía seguia hablando el pruden-

(1) Hebræor. II. 37. 38.

dente obispo, quando nuestro Santo le interrumpió, diciendo: No os parezca que el retrato que nos habeis presentado con los mas terribles colores detenga el curso de nuestros pasos. El ofrece á nuestros deseos todos los rigores y trabajos que nos hemos propuesto seguir. El Dios que comunicó á nuestros corazones la vocacion que os admira acabará de perfeccionar su obra. Cumplid, ó santo Prelado, con los designios del cielo, que de este modo llenareis los que nosotros tenemos por objeto.

Un corazon tan firme como este hasta de la misma desconfianza triunfa. Cedió Hugues; y se cumplieron los deseos de *Bruno*, á quien se le concedió el asilo que queria... El Pontífice llenó al Fundador con largueza de beneficios, le comunicó sus derechos, le transmitió sus privilegios. Le acompañó hasta el lugar de su reposo, ó por mejor decir hasta el teatro de sus combates, que no tardó mucho en serlo de sus victorias. A vista de la edificada Iglesia se echaron los fundamentos á una Orden, que será para ella un eterno motivo de consuelo y de admiracion. La cuna de esta Orden es la imágen fiel del espíritu de que siempre debe estar animada.

Este árbol fértil producirá los frutos mas preciosos. El instituto de *Bruno* contará en diferentes siglos hombres dignos, no solo de tenerle por padre, sino de ocupar su lugar: contará un *San Hugues* obispo de *Lincolnes*, apóstol de la penitencia, honor de su orden en *Inglaterra*, y hombre que no debe temer-

se ponerle en paralelo con Santo Thomas de Cantorberi.

Contará á un Guigues propagador del instituto por su zelo , escritor eloquente , amigo de San Bernardo , sabio autor de las *Constituciones* , cuya fiel expresion era.... A un San Anhelmo , religioso lleno de fervor , superior laborioso , taumaturgo reconocido , pontífice á quien conservará siempre su orden tanto respeto como reconocimiento.... A un Esteban , que imperó tanto sobre los corazones como sobre los elementos : prelado de quien la Iglesia de Dios no olvidará jamas los beneficios (1)... A un Basilio , tan piadoso como sabio , y tan conocido por sus útiles reglamentos , como por sus edificativas obras (2).

Contará á un Birelo , el mas dulce y amable de los hombres , á quien unánimemente hubiera colocado la voz pública sobre el trono de San Pedro , si él mismo no hubiera manifestado en Inocencio VI el pontífice escogido del cielo para gobernar al mundo cristiano.... A un Bonifacio Ferrer , cuyo menor mérito y gloria consiste en haber sido hermano de San Vicente Ferrer.

Contará un Albergati , cuya ciencia igualaba á la piedad ; y adornado sobre el trono de la Iglesia con la púrpura romana fué siempre

(1) Se celebra su fiesta en la Iglesia de la ciudad de Die en el Delfinado.

(2) *Scriptis de vitâ solitar*.... Chron. Carth. lib. 4. cap. 14.

pre imitador de *Bruno* , pacificador de las turbaciones , consejero de los papas , azote de las heregias , extirpador de los cismas , defensor de la Religion : invocado como santo por los pueblos , reconocido por *Bienaventurado* por la Iglesia.

A un Dionisio de Rikel , escritor fecundo , doctor inmortal , hombre de una erudicion vasta , de un juicio sólido , cuyo nombre no se acabará sino con la fe y las ciencias : respetado de los reyes , consultado por los soberanos pontífices , oráculo de su siglo , en cuya gloria y honor repetirán todos aquel magnífico elogio que le aplicó Eugenio IV: *Laetetur mater Ecclesia quæ talem habet virum*. ¡O madre de los fieles! ¡O Iglesia santa! Regocíjate de tener hijo semejante.

Contará á un Surio , historiador verídico , á un Dorlando chronologista exácto , á un Petrea , crítico juicioso , á un Ludolfo , cuyo language es el sentimiento mismo (1).

Pero ¿qual será el distinto mérito por el que respectivamente cada uno de estos grandes hombres se atraiga los elogios de la Iglesia y del mundo? El de reproducir en todos tiempos la aurora de su instituto.

Yo , pues , detengo mi consideracion sobre el principio del Orden que *Bruno* acaba de establecer , y descubro en él la admirable pintura de lo que debe ser , y lo que será en la sucesion de los siglos. Contemplo en él con una especie de horror y de placer al mismo tiempo aquellos

K 2

nue-

(1) *Ludolph. de vitâ Christ.* Leon 1644.

nuevos habitantes del desierto. Al considerar la palidez de su rostro se les creerá víctimas entregadas á la muerte. *Quasi morientes*. Al oírles felicitar su suerte, se dirá, que su vida está llena de encantos y de delicias. *Et ecce vivimus*. Observadles en su santo recogimiento, y les juzgareis abatidos de la mas grande tristeza y melancolia. *Quasi tristes*. Acercaos á ellos y preguntadles, y vereis como la serenidad que se descubre en su rostro es indicio del sosiego que reyna en su corazon. *Semper gaudentes*. Si al ver la simplicidad de su asilo nos detenemos á considerar, creeremos, que todo les falta. *Tanquam nihil habentes*. Si consultamos á su gusto y desinterés, nos persuadirémos, que poseen quanto desean. No ambicionan mas de lo que tienen. Son dichosos. *Et omnia possidentes* (1).

Como solitarios sin ociosidad, oran y trabajan. La nueva Orden de *Bruno* hace ver al Universo, que la espiritualidad y las ciencias le deberán igualmente muchas obligaciones (2): que al amparo de aquellos pacíficos retiros los hombres que al parecer no viven mas que para sí, vivirán tambien para el bien de la Iglesia: que sabrán instruir santamente al mundo por quien al parecer no hacen otra cosa que orar; y que si no les está permitido ser por sus predicaciones los apóstoles de la verdad, serán á lo ménos por sus

(1) II. Corinth. c. 6. v. 9. 10.

(2) En la religion de los Cartujos se contaban mas de 180 autores del tiempo de Pedro Sutor.

sus escritos sus apóstoles y panegiristas (1).
¿Deseais conocer á nuestros primeros modelos, decia uno de los discípulos, incapaz de lisongear ni al padre ni á los hijos? Preguntad al tiempo, que observó los principios de nuestra Orden. Desde luego vió en nuestro instituto el vivo retrato de nuestras leyes, y admiró á unos hombres pobres para los ojos del mundo. *Pauperes sæculo*. Pero ricos delante de Dios. *Divites Deo*. Vió un silencio sin interrupcion. *Fuge silentium*. Una contemplacion siempre constante. *Fugis contemplatio*. Su cuerpo le miraban como extraño: no cuidaban de otra cosa, que de alimentar santamente su espíritu. *Parum corpori, plurimum spiritui tribuebant*. En ellos vió unos nuevos Pablos y Antonios. *Novos hic Paulos, novos hic vidisse Antonios*. Vió unos hombres, que mas bien que hombres le parecieron ángeles. *Angelica ab eis vita in terris ducebatur* (2).

Mundo profano, tú le viste y te fué preciso admirarle. Tú admiraste aquel silencio, cuya observacion rigurosa no interrumpian los discípulos de *Bruno*, sino con las alabanzas del Señor. Aun estas alabanzas no las cantaban á los pies de los altares, sino con una lentitud edificativa que inspira el fervor é imprime el respeto.

Tú admiraste aquel cilicio perpetuo, aquella perpetua abstinencia de las viandas, cuya privacion era para ellos un sagrado deber de

R 3

(1) *Surius, in vitâ Sancti Brunon. 6. Oct.*

(2) *Chron. Cartb. lib. I. c. I.*

los que se impusieron. Abstinencia tan exacta que las enfermedades, los males, ni aun la próxima muerte, no eran capaces de separarles en un ápice de esta severa práctica. Ya la observaban como una obligación aun cuando no se les habia impuesto sino como un consejo. Su fervor tenia por delito una sola transgresion de lo que únicamente él habia hecho ley (1). ¿Como llamaremos á una vida tan austera? ¿Diremos que se debe nombrar un martirio? Sí; pero un martirio al qual añaden cada dia y cada instante un nuevo heroísmo.

Tú admiraste aquel desinterés incorruptible que los discípulos de *Bruno* miraban como obligación. Desinterés tan noble y generoso, dice Pedro el Venerable (2), que el recinto de sus muros era la línea decisiva hasta donde llegaban sus pretensiones. Aun cuando se les tentase con los ofrecimientos mas lisongeros, nunca tomaron nada, siempre lo desecharon todo. Si el Conde de Nevers quiso pagar con magníficos dones el religioso placer que tuvo de ver á nuestro Santo observar el espíritu de su instituto y admirar la pobreza siempre satisfecha de sus discípulos, tambien supo devolverle sus dádivas, muy satisfecho de haberlas podido merecer. Este es el testimonio que nos da el Abad Guiberto (3).

Si

(1) Tocante á esta abstinencia tienen los Cartujos en sus estatutos expresa ley.

(2) *Petr. Cluniat. de miraculis*, lib. 2. cap. 28.

(3) *Guibert, c. 10. de vita sua*, p. 468.

Si en el discurso que acabo de hacer habeis creído perder de vista á *Bruno*, os engañais. Quando he pintado á sus discípulos le pintaba á él mismo. El, dice Surio, es el sol que brilla entre los astros. *Inter astra sol* (1). ¡Quanto celebraría yo poderosle hacer considerar á su frente como maestro y superior! Sin embargo de estas qualidades siempre era el mas humilde, caritativo y mortificado. El único privilegio que le prestaba su superioridad, era el de poder mas bien mandar por sus virtudes que por su autoridad. Así continuamente sacaban sus discípulos de sus exemplos poderosos motivos de emulacion. Pero ¿como no se habia de distinguir entre sus discípulos con continuas viglias y ayunos mas rigurosos? Sabia que el fundador de una Religion debe ser el modelo de ella.

El piadoso obispo de Grenoble, Hugues, no cesaba de estudiar este modelo. Casi se atrevió á caer en la santa ambicion de imitarle. El pontífice se deleytaba en recibir del legislador lecciones y consejos. El inocente y útil placer de conversar con *Bruno*, le hacia casi olvidar de que era todo de su pueblo y de su Iglesia. Mas no, no creais que se olvidase, porque nuestro Santo le recordaba esta esencialísima obligación; ó para explicarme mejor, sacaba de él el obispo las reglas y máximas mas sabias para saberse gobernar. Santificado el obispo, digámoslo así, en el retiro de la Cartuja, parecia mas respe-

K 4

(1) *Surius*, 6. Oct.

table á los ojos de Grenoble, y su misma reputacion añaia un nuevo resplandor á la de nuestro Santo.

No tardará esta mucho en penetrar las montañas del Delfinado. Sus proyectos acerca del retiro se executaron. Su Religion se estableció. Ahora va el fundador de ella á ver volar su gloria desde el centro de su retiro por todo el mundo de que huyó. *Montes exultaverunt.*

TERCERA PARTE.

Dichosas vosotras, montañas de la Cartuja, dichas vosotras, que aunque habiais sido inaccesibles á los humanos vivientes desde el principio del mundo, lográsteis sepultar á *Bruno* entre vuestras rocas y torrentes, y ser las depositarias de sus virtudes y reputacion, mudandó, digámoslo así, hasta la naturaleza de vuestro ser. *Montes exultaverunt.* Unicos testigos de las maravillas de que erais el teatro, jamas creísteis que el mundo viniese á buscaros para participar con vosotras de la admiracion. Sin embargo, no os pese de la inesperada suerte que el cielo le prepara, pues que su gloria será la vuestra y la de su Orden, cuya cuna formáis vosotras.

La gloria de nuestro Santo, es una gloria que desde el centro de su retiro se extendió hasta el trono de la iglesia, cuyo apoyo se declaró: gloria que desde el centro de su retiro penetró hasta la corte de los principes, cuya confianza mereció: gloria que desde el centro de su retiro se atraxo la admi-

miracion de todos los siglos, cuyas atenciones reunió.

Tranquilo *Bruno* y dichoso, creía pasar sus dias olvidado del mundo en medio del pueblo santo á quien dirigia sabiamente por los caminos de la eternidad.... ¿Por que razon ha de venir la gloria humana, de quien se habia ocultado con tanto fervor y cuidado, á arrancar á su soledad la que gozaba, en donde no tenian otro objeto sus miras que ser ignorado de los hombres, y solo conocido de Dios?

Entre los diversos sugetos á quienes en Rheims habia instruido y dirigido (1), resplandeció un Levita de nacimiento ilustre, ingenio fácil y comprehensivo, y piedad firme y sostenida: en una palabra, Odon, hijo del Conde de Lageri. A causa de las distinciones y honores que disfrutaba, le conduxo la Providencia desde Rheims á Cluny, y desde Cluny á Roma. Muchos empleos importantes se confirieron á su capacidad, y como en recompensa de sus sucesos se le concedió un bispado. En fin la voz del cielo acababa de proclamarle por cabeza de la Iglesia baxo el nombre de Urbano II.

Este, pues, no era, como quieren suponer las mercenarias plumas del error (2), un Pontífice, cuyo carácter estuviese forma-

(1) Historia de los Papas, tom. 2. pag. 503. Haya, 1736.

(2) Histor. de los Papas, tom. 2. pag. 535. Haya, 1736.

do por la *soberbia*, la *avaricia*, la *ambicion*, la *doblez* y la *presuncion*, sino un Pontífice hábil, literato, teólogo exácto, protector de los sabios, amigo de los santos, juez imparcial, exemplo de la dulzura, de espíritu pacífico, corazon compasivo, zelo ardiente por la gloria de Dios, escrupulosamente atento á los beneficios de la Iglesia, sin dexar de velar sobre su propia salvacion, y digno de ser la cabeza del christianismo, pues que sin embargo de su soberana gerarquía, no se desafiaba de pedir consejos, exáminar su fuerza y aprovecharse de ellos (1).

¿Quien podia dárselos mejores que *Bruno*? Penetrado Urbano Segundo de reconocimiento por este ilustre solitario, cuyos talentos y sacrificios conocia, le combidó para que fuese á partir con él el honroso peso de la Tiara. Suplicó al principio, y no tardó despues en mandar.

¡Quanto dolor causó en el retiro de la Cartuja este imprevisto acontecimiento! Vosotras elevadas montañas, encumbradas rocas, profundos valles, vosotras digo ¡quantas amargas quejas visteis resonar en vuestros corazones de los tiernos hijos, á quienes una órden soberana y respetable iba á quitar el mas querido de los padres! ¡Quantos suspiros dirigian al cielo para que les librase del fatal golpe que les amenazaba! Obedece, legislador precioso, obedece al terrible mandamiento que reitera el soberano de la Iglesia. Tus dis-

(1) Hist. de la Igle. Galic. tom. 8. pag. 162.

discipulos han formado el heróyco proyecto de seguirte. No temas nada de su virtud. Caminarán baxo tus auspicios. Llevarán, como tú, su soledad y su fervor hasta la capital del mundo christiano. *Secum medias per urbes portat eremum* (1).

Dócil á las superiores órdenes, pero temblando, partió *Bruno* de su retiro. ¡Ah! ¡Quantas veces desde su forzada marcha volvia la vista hácia su amada soledad! Llegó en fin; pero ¿como es posible describir el ansia con que le esperaba, la afectuosa ternura, la singular veneracion que le manifestó el soberano Pontífice? De lo íntimo de su corazon se quejaba á él del peso con que le tenia agobiado el penoso cuidado de la Iglesia universal. ¡Que no hubiera podido obligar á la humildad de *Bruno* á que aceptase todas las dignidades del santuario, el episcopado y la púrpura! Esto hubiera sido satisfacer á un mismo tiempo su reconocimiento y servir á la Religion. Nuestro Santo es verdad que no admitió los honores, pero ¿se negará á los trabajos? ¿se resistirá á los importunos deseos de un Pontífice que se entrega á sus luces, busca sus consejos, y se impone la obligacion de emplear su zelo en los mas delicados negocios de la Iglesia?

Un diluvio de males arrastraban entonces tras de sí la turbacion, el escándalo y la consternacion. ¡Quantas tempestades se miraban reunidas! El cisma de Guiberto (2),

(1) *Santol. vict. Hymn. in S. Brunon.*

(2) El Antipapa Guiberto.

usurpador de la tiara, pontífice ambicioso, genio violento, ídolo acreditado. Una guerra que hasta el centro de la Italia, y hasta la misma Roma llevó un príncipe irritado, zeloso de su autoridad, protector de la Religión y descontento con los papas (1). Por todas partes se advertía la miseria, la carnicería, la devastacion y las ruinas. Las costumbres estaban corrompidas, y la simonía, la avaricia, la hipocresía, la ambicion, en una palabra, todos los crímenes reynaban en todos los estados, y con especialidad en el santuario (2). La heregía de Berenguer, hombre el mas peligroso por sus talentos, el mas insinuativo por su eloqüencia, el mas funesto por su doblez, el precursor de Calvino, el destructor de la presencia real, el enemigo de Jesu-Christo, de sus beneficios, de sus milagros..... El mahometismo, terrible en su origen, furioso en sus progresos, casi invencible en el rápido y prodigioso curso de sus victorias; monstruo á cuyos golpes cayó Jerusalem, y á la dominacion del qual intentaba entónces arrebatársela el joven héroe Godofredo de Bouillon, que juntaba la fuerza á la destreza, la prudencia á la vivacidad, la piedad al valor.... Ved, ahí, Señores, la pintura fiel de los males que asolaban á la Iglesia baxo el tempestuoso pontificado de Urbano II, quien reclamaba por el zelo, la sabiduria y la ciencia de *Bruno* para su remedio.

¡Que

- (1) El Emperador Enrique IV.
 (2) Histor. de la Igl. Galic. tom. 8. p. 162.

¡Que servicios tan importantes le hizo en los diversos peligros que amenazaban, tanto á la fe como á las costumbres! Su zelo y su prudencia parecia estaban diciendo al mundo christiano, que era capaz de gobernarle. Toda la Iglesia publicaba, que el hombre escogido por el soberano Pontífice para su consejero y guia, era el mas á propósito para sucesor suyo.

¡*Bruno* era el oráculo á quien consultaba Urbano II! Si, hermanos míos, y este glorioso título hizo ver por su conducta, que lo merecia en realidad. En efecto, al sucesor de San Pedro le persuadió contra un cisma sistemático, y contra un soberbio rival, un zelo firme, pero respetable por la moderacion. Contra un Emperador inflexible y emprehendedor, le sugirió ciertas atenciones y respetos que, sin tocar á las pretensiones reciprocas, pudiesen conseguir una paz sólida y durable. Contra la desenfrenada licencia que universalmente reynaba, le hizo entender, que era necesario oponer las leyes de la disciplina, la voz de las representaciones, los derechos de la autoridad, y sobre todo el vencedor encanto del exemplo. Le determinó á combatir contra la heregía, al principio con la ayuda de los obispos, despues por la mediacion de los potentados, y últimamente por el terrible azote de los concilios (1). Anímó al soberano Pontífice, para que contra los es-

- (1) *Baronius ejus operâ usus est (Urban. Papa) in conciliis celebrandis. Annal. an. 1092.*

tragos del mahometismo, que como un torrente amenazaba inundar á la Iglesia, reuniese los príncipes christianos baxo los estandartes de la cruz. Tal vez debió á las oraciones de *Bruno* sus victorias Godofredo de Buillon, Jerusalem su libertad, y la Religion sus conquistas y su gloria.

Pero ya el tumulto de Roma incomodaba demasiado á nuestro Santo, y turbó las tranquilas ocupaciones de sus discípulos. ¡Oh, si pudiera ver el Pontífice sus corazones! Los hijos comunicaban sus temores al padre. Sus sentimientos mas bien que sus palabras le hacian conocer, que la capital del mundo christiano no era la mansion donde el cielo queria radicarles. De todo se rezelaba su fervor. ¡Temor respetable! Tanto interesaba Urbano en él como *Bruno*. Volvió este á embiar á su primer destino á unos discípulos, que no le habian dexado sino por no alejarse de su guia y modelo. Su único sentimiento era el de no tener mas que el deseo, sin gozar de la libertad de seguirles sus pasos.

Triste y cautivo en Roma, solo esperaba el afortunado momento de romper sus cadenas. Un millon de veces suplicó al soberano Pontífice le restituyese á su vocacion, á sus votos, á sus discípulos, á sí mismo; pero en vano. Una tentacion mas delicada y penosa le esperaba todavia.

El Papa puso sobre él la mira para conferirle la silla metropolitana de Regio: silla la mas brillante de la Calabria, y por la que
la

la ambicion y el favor amontonaban una infinidad de codiciosos pretendientes. Mas tanto quanto la intriga y la maquinacion aspiran á las plazas y dignidades, otro tanto mas se esfuerza el mérito y la modestia en ocultarse de ellas, reusarlas y huirlas. He pintado la conducta de *Bruno*: siempre tendrá poquísimos imitadores.

Agobiado con el peso de los honores que le confirieron el mundo y la Iglesia, intentó persuadir, que era igualmente inutil á aquel que á esta. Redoblaba sus instancias para dexar la corte, y esforzaba sus súplicas con torrentes de lágrimas.... Por fin fué oido, y quedó libre. Ya no tenia peligros que temer. En efecto, marchó á los desiertos de la Calabria y le siguió su gloria. No tardó en llegar hasta la corte de los príncipes desde el centro de su retiro. Los potentados de la tierra le concedieron la misma confianza que el soberano de la Iglesia.

Acia los desiertos de la Calabria, y en la Diócesis de Squilace se halla el que llaman de la Torre. Desierto desconocido hasta el tiempo de nuestro Santo, que con sus virtudes, reputacion y escritos le hizo tan célebre. Digo con sus escritos, porque á la verdad ¿que cosa hay mas delicada y elegante que la descripcion que hace de él? Yo no me prometo conservar en nuestra lengua las riquezas y primores que manifestaba él en otras. ¡Dichoso yo, si incapaz de llegar á la hermosura de sus expresiones, no rebaxase nada la sublimidad de su ingenio! Habito, decia
él

él (1), un retiro bastante distante por todas partes de la sociedad de los hombres. ¿Que podré yo decir que corresponda á los inocentes encantos de que aquí se gusta, al ayre templado que se respira, á los tranquilos dias que aquí se pasan? Esta es una vasta llanura, cuya perspectiva lisongea la vista: una llanura dividida por agradables praderias, que adornan floridos y verdes pastos, terminados por la cima de un cordón de montañas. ¿Dónde hallaré yo pinturas tan expresivas, que den á conocer el variado espectáculo que presenta una perspectiva de colinas que insensiblemente se elevan hasta las nubes? ¿Una continuacion de valles, cuya espesa sombra convida al reposo, y está humedecida con las benéficas aguas de muchos arroyuelos y fuentes? ¿Unos rios que embellecen con sus aguas á los árboles cargados de frutos, y á los jardines donde los presentes de la naturaleza exceden á los prodigios del arte? Pero ¿por que me he de

(1) *Eremum incoló, ab hominum habitatione satis unaique remotum. De cuius amenitate, aerisque temperie, & sospitate, vel planitie amplá, & gratá, inter monte in longum porrecta, ubi sunt virentia prata, & florida pascua, quid dignum dicam? Aut collium undique leniter inter montes se erigentium prospectum, opacarumque vallium recessum, cum amabili fluminum, rivorum fontiumque copiá, quis sufficienter explicet? Nec irrigui desunt horti, diversarumque arborum fertilitas. Verum quid his diutius immoror? Alia quippe sunt oblectamenta viri prudentis gratiora, & utiliora, quia divina.... Quid verò solitudo, eremique silentium amantibus suis utilitatis, jucunditatisque conferat, norunt hi solam, qui experti sunt. Hic namque, Sc. Dio. Brun. Epist. ad Radulphum.*

detener en estos frívolos objetos? Hay otros que son mas dignos de la atencion de un sabio, y asuntos mas útiles y preciosos, pues que son divinos.... Solamente aquellos que experimentan las ventajas que proporciona este delicioso retiro, ya sea por el silencio, ya por la soledad, pueden bosquejar exáctamente el quadro que presenta. Los hombres que tengan bastante ánimo para internarse en él, pueden registrar á su gusto los secretos de su corazón, habitar consigo mismos y cultivar sin menoscabo la semilla de todas las virtudes. Con un reposo laborioso se experimenta en él, como en precio de sus combates, aquella paz tan rara quanto apetecida, de que el mundo no conoce mas que engañosas apariencias. Inaccesible á la turbacion, y libre de penas, se puede mudar en él el lugar de destierro en un cielo anticipado.

Tal es, Señores, el fecundo retiro donde por los cuidados y exemplos de Bruno se va á establecer una segunda Cartuja. En Roma se habian asociado á él hombres piadosos y sabios que le acompañaron en la Calabria, se colocaron baxo sus estandartes, se arreglaron á sus instrucciones, y se formaron con sus exemplos (1).

No se crea que su vigilancia abandonó

(1) Se equivocó M. Fleuri en decir, *Hist. Ecclesiast.* tom. 13. p. 518., en 12. que S. Bruno se retiró á Calabria con Landuino. Es menester no confundir este, que fue segundo Prior de la Gran Cartuja, con Lanvino sucesor de San Bruno en el gobierno de la Cartuja de Calabria.